

SIN LATIDO

La verdad siempre sobrevive a la muerte



YOLANDA
CRUZ AYALA

Yolanda Cruz Ayala

Sin latido

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Yolanda Cruz Ayala, 2024

© Editorial Planeta, S.A., 2024
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta S.A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2024
Depósito legal: B. 6.953-2024
ISBN: 978-84-10140-07-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo
Printed in Spain - Impreso en España



Quince años después***La Línea de la Concepción, 4 de julio de 2017***

Olivia apartó la vista del iPad. Ignoró el trabajo pendiente y se masajeó el cuello. Durante las sesiones prestaba atención a sus pacientes y solo tomaba algunas notas, después las transcribía en los informes dejando constancia de sus propias reflexiones.

Su objetivo como psicóloga era ayudarles a superar desafíos y encontrar el bienestar emocional. Se sumergía con pasión en el trabajo, aunque a veces los casos adquirían un altísimo nivel de complejidad, especialmente cuando los pacientes revelaban sus vivencias más terribles y dolorosas. Personas con trastornos de ansiedad, hipocondría, miedos, fobias, enfermedades y patologías físicas que les causaban profundas depresiones.

Siempre había sabido separar su vida privada del trabajo, hasta que la muerte de uno de ellos la golpeó con fuerza.

Olivia se convirtió en el foco de atención de la familia, que no entendió que las personas no eran meros sujetos pasivos y que, aunque fuese duro escucharlo, tenían todo el derecho de hacer con su vida lo que les diese la gana.

Abrió el cajón de su escritorio. Allí estaba el teléfono móvil que el paciente había dejado en la consulta el mismo día que decidió suicidarse. Resquebrajado, inservible.

Desde entonces, los días grises salpicaban su vida y solo encontraba alivio trabajando a un ritmo mucho más alto y exigente del que debía.

Alicia, su amiga y colega, la había obligado a tomarse un descanso. Pensó en ella: era una mujer increíble. Se conocían desde que iban al colegio y la recordaba siempre alegre y divertida, hasta que su padre murió de un infarto y la madre comenzó a beber. Alicia se hundió y se distanció del mundo. Dejó de ser la estudiante brillante que siempre había sido, dejó de salir, de atender las llamadas de las amigas, y Olivia decidió que debía hacer algo. No podía cruzarse de brazos viendo cómo su amiga se rompía en pedazos. A partir de aquel momento se pegó a ella como si fuese su sombra y se convirtieron en inseparables.

Antes de acabar la secundaria ya habían decidido que dedicarían sus vidas a estudiar el comportamiento humano.

Olivia era plenamente consciente de que se había encerrado en sí misma y hacía justo lo contrario que aconsejaba a los pacientes, hablar del trauma para poder sanar.

Dejó el móvil del paciente en el cajón y fue a la cocina para prepararse un zumo de naranja. Abrió la ventana y respiró el aire de ese nuevo amanecer.

Eran las siete de la mañana y el sol matutino bosquejaba el perfil irregular de la ciudad: edificios altos, casas bajas, chimeneas y al fondo el mar, ese día de un azul tan claro que se confundía con el cielo.

Regresó a su escritorio. Dejó el vaso a un lado de la mesa y retomó el trabajo. Revisó el correo y comprobó que tenía *mails* sin abrir, algunos eran de pacientes que le escribían cuando por algún motivo no acudían a terapia, y ella siempre respondía.

Le llamó la atención un correo que había recibido algunos días atrás. La remitente era Celeste Blanch.

Hacía años que no sabía nada de aquella chica de Ma-

drid que veraneaba en La Línea, y ahora la memoria, esa curiosa capacidad del cerebro para retener los recuerdos, le devolvió imágenes, sensaciones, incluso aromas.

De niñas estuvieron muy unidas durante algún tiempo, después se distanciaron. No sabría decir los motivos, tan solo recordaba que Celeste cambió, dejó de ser la de siempre.

Sin más rodeos, lo abrió.

Querida Olivia:

Disculpa que después de tantos años irrumpa así en tu vida, sin avisar. Me gustaría hablar contigo sobre unos hechos que ocurrieron hace años y que de un modo u otro nos han marcado para siempre.

Antes de empezar de nuevo necesito llegar a la verdad, aunque eso suponga invertir la historia y que las personas que considero inocentes tal vez sean los verdaderos culpables.

Sé que las respuestas debo buscarlas en el pasado, pero tu hermano no quiere saber nada de esa época. Álex es como una caja cerrada y blindada. Una roca en la que no encuentro fisuras por las que colarme.

Si le preguntas por mí, te dirá que no me hagas caso, que estoy loca o algo parecido. No te preocupes, Álex es así, aunque tú ahora no lo entiendas. Es normal, es tu hermano.

En cuanto a nuestro querido Nicolás... Es imposible hablar con él sin que cargue contra mí, con esa mirada que a veces temo. Tal vez a ti te escuche, después de todo siempre has sido su gran amor.

Por favor, no lo olvides.

No tengo a nadie más en quien confiar.

Cuídate.

Celeste

Olivia volvió a leer el texto con un mohín de extrañeza. Hasta donde podía recordar, la relación entre su her-

mano y esa chica nunca fue más allá de algunos encuentros en verano, y de eso hacía ya muchos años, demasiados.

Se reclinó en la silla y trató de hacer memoria. Los recuerdos se le antojaban lejanos, difuminados. Claro que eso no tenía nada de extraño, Álex era cinco años mayor que ella. Cuando su hermano era un adolescente, ella era una mocosa. También Celeste era algunos años mayor que Olivia, dos o tal vez tres, no estaba segura.

«Nicolás», pensó en él.

Vivían en el mismo edificio y apenas hablaban desde que dejaron de ser pareja, si es que podía llamar así a la relación que mantuvieron, efímera y turbulenta. Las vidas de ambos tomaron rumbos diferentes, o puede que nunca hubiesen estado en el mismo camino. A pesar de los desaciertos, ella jamás olvidaría los momentos compartidos, que formaban parte de su historia.

Dio un sorbo al zumo de naranja y examinó de nuevo el correo de Celeste. Abría extraños interrogantes y en ese momento no estaba para más quebraderos de cabeza.

Apuró el zumo y, como cada mañana, se puso unos *leggings* de color negro, una camiseta fucsia de tirantes y se calzó las deportivas para ir a correr. Entró en el baño, se cepilló los dientes, se lavó la cara y se recogió el cabello castaño claro en una coleta alta.

Salió del piso y bajó las escaleras del edificio ajustándose los auriculares. Sonaba *Take This Chance*, de Anastacia.

Empezó a trotar a ritmo lento en dirección a la avenida España. La amplia acera recorría la playa de Poniente y se dejó llevar por la música con la vista puesta en el mar, en las olas diminutas que llegaban una y otra vez a la orilla.

Después de varios minutos aceleró el ritmo mientras pensaba en el mensaje de Celeste Blanch. Olivia nunca ignoraba una petición de ayuda y era justo lo que su antigua amiga acababa de hacer. Respondería a ese mail.

Se desvió hacia el puerto deportivo, apenas transitado a esa hora de la mañana. En una de las zonas de atraque divisó al corredor con el que solía cruzarse desde hacía ya algunos meses.

La primera vez que se fijó en él fue uno de esos días grises en los que solo con mirar el cielo sabes que lloverá. Eso no la disuadió, necesitaba salir a correr tanto como respirar, una manera de enfrentarse a sus propios demonios.

Llovía a mares cuando lo vio de frente, llevaban direcciones opuestas y sus miradas se encontraron. Desde aquel día ese hombre le intrigaba y no sabía muy bien la razón. Tal vez porque debía de estar tan desequilibrado como ella para salir a correr en una mañana como aquella.

Ahora él no corría, hacía un día espléndido y caminaba acompañado de un border collie azul. Olivia aminoró la marcha.

—Bonito perro —le dijo al pasar por su lado.

—Es una perra.

Olivia se quitó los auriculares y se giró para mirarlo de frente.

Tenía el cabello negro intenso y unos bonitos ojos de color azul grisáceo.

—Decía que es una perra. No la ofendas —repitió él con media sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Wendy. En realidad, no es mía, es de mi madre. Hago de canguro.

Olivia acarició al animal, que enseguida le ofreció la pata para saludarla.

—Encantada —dijo Olivia a Wendy estrechando la pata del animal en el aire.

Él se quedó mirándola.

—Y tú, ¿puedo saber tu nombre? Hace tiempo que nos vemos por aquí y nunca nos hemos presentado.

Ella se irguió y, tras secarse el sudor de la mano en el pantalón, la extendió.

—Soy Olivia.

Él la estrechó.

—Rodrigo, el otro majara que sale a correr los días de tormenta.

—¿Crees que estoy majara? —le preguntó enarcando una ceja.

Rodrigo no estaba seguro de si ella bromeaba o si se lo había tomado en serio.

—Bueno, muy normal no es —se atrevió a responder.

—No, no lo es. A veces algunas cosas nos superan, no vemos más allá y... —Olivia guardó silencio—. Disculpa, pensaba en alto y no te conozco de nada.

—A todos nos pasa. Todos tenemos días revueltos.

Olivia acarició la cabeza de Wendy.

—Pues... encantada. Supongo que seguiremos viéndonos por aquí, aunque en verano no llueva —añadió con una entonación más amable.

—¿Y si quedamos en otra parte? Por variar... —le propuso él antes de que ella reanudara la marcha.

Olivia no lo esperaba y lo miró contrariada.

—No estoy de ánimos para salir y no sería una buena compañía.

—Ya, entiendo. Si no te apetece, no pasa nada. Tal vez otro día —le dijo al tiempo que le colocaba la correa a Wendy.

—No estoy dándote largas, hablo en serio.

—¿Seguro? Podríamos probar. Yo tampoco soy un cascabel que digamos.

Olivia se mordió el labio inferior con una mueca graciosa.

Antes de despedirse se habían intercambiado los números de teléfono.

Olivia regresó a casa a un ritmo más lento, estaba cansada y bañada en sudor. Le había gustado compartir unos minutos con él. Le caía bien la gente que hablaba sin tapujos mirando a la cara.

Entró en el piso y se fue directamente a la ducha. Disfrutó del agua templada, que no tardó en empaparle el cabello y el cuerpo. Se enjabonaba cuando le pareció oír el sonido del timbre. Se quitó la espuma de los ojos y miró su reloj de muñeca. Las ocho cuarenta y cinco de la mañana. «¿Quién me busca tan temprano?».

No le gustaban las visitas y mucho menos si eran inesperadas.

Salió del baño envuelta en una toalla y se dirigió a la puerta. Acercó un ojo a la mirilla. No había nadie. Escuchó pasos que bajaban las escaleras y reconoció la voz de su vecina en el portal. Ya le preguntaría.

Fue a la cocina y puso en funcionamiento el hervidor de agua antes de vestirse. Vaqueros finos y rotos, y camiseta blanca con margaritas. Sandalias planas.

Se preparaba una taza de té cuando el timbre volvió a sonar. Esta vez acompañado de varios toques de nudillo, de quien tiene prisa en ser atendido.

Se dirigió hacia la puerta escuchando la voz de su vecina, que la llamaba por su nombre.

—Olivia, ¿estás ahí?

Al abrir, encontró el rostro moreno y fresco de Carmen, con el cabello recogido y arreglada para salir. Sostenía un paquete entre las manos.

—Hola, hija, perdona que te moleste tan temprano, es que tengo que salir y hace un ratito que ha llegado un chico con este paquete. Tú no estabas y el muchacho quería dejarlo en tu puerta. Me he hecho cargo porque ya sabes que hay gente con las manos muy largas —añadió bajando la voz.

Al cogerlo, Olivia se percató de que el paquete carecía de pegatinas, dirección y sellos de la empresa de mensajería.

—¿No ha dicho nada el repartidor? —preguntó extrañada.

—Nada, que era para Olivia Fernández, que debería habértelo entregado hace días y que tenía mucha prisa. ¡Estos jóvenes están cada vez peor!

Olivia depositó el paquete en la mesa del salón y se despidió de su vecina.

Al abrirlo, comprobó que se trataba de un ordenador portátil, un Mac usado, lo cual la desconcertó aún más.

Iba acompañado de una nota pulcramente escrita a mano.

Querida Olivia:

Me hubiese encantado verte y conversar contigo sobre tantas cosas... Te preguntarás por qué te envió mi ordenador. Reconozco que lo primero que me pasó por la cabeza fue enviarte un *mail* con el archivo y borrarlo definitivamente de mi portátil. Enseguida caí en la cuenta de que existen programas que recuperan los datos borrados y me he puesto a pensar de todo. Puede que me esté volviendo paranoica. Es mejor que lo guardes tú durante mi ausencia. Contiene el relato que comencé a escribir hace poco, justo al llegar a La Línea, y no deseo que lo lea nadie más.

Empecé a redactarlo por su efecto terapéutico. Escribir me ayuda a reflexionar, a dar claridad a las emociones vividas, explorar, comprender, reevaluar... Después noté que algunas veces me dirigía a ti sin darme cuenta, y es que en el fondo siempre he deseado contarte esa historia, y no confío en nadie más.

Espero que en algún momento la leas. Yo necesito tomar distancia durante un tiempo o acabaré loca.

Confío plenamente en ti porque sé que Álex y Nico te importan tanto como a mí, y hay que evitar que mi ordenador caiga en las manos equivocadas y acabe perjudicándolos. Espero que tú y yo logremos entender el pasado y juntas tomemos una decisión.

A principios de la próxima semana me marcharé, y antes de hacerlo intentaré reunirme con ellos. Ya va siendo hora de llegar a la verdad, o al menos intentarlo. De algo deberían servir los errores, las ausencias, las pérdidas, las muertes...

Si yo no lo consigo, tal vez tú obtengas las respuestas.

Volveré a ponerme en contacto.

Cuídate mucho.

Celeste

Olivia seguía de pie con la hoja entre las manos. Estaba acostumbrada a escuchar todo tipo de historias, sin embargo, esa nota era lo más insólito que había leído en mucho tiempo.

«¿Qué demonios se supone que debo hacer?», se preguntó con un gesto de incertidumbre de camino a la cocina para coger su taza de té.

Comprobó la hora en su reloj. Álex vivía en Nueva York y a esas horas debía de estar durmiendo. Le envió un mensaje mencionándole brevemente el asunto del *mail* y el ordenador. Estaba segura de que él le aclararía todas las dudas.

Era un hombre inteligente capaz de abordar cualquier desafío y siempre se habían apoyado mutuamente desde que eran niños, especialmente cuando sus padres se divorciaron. Una etapa complicada que no habría superado de la misma manera de no haber sido por él.

Tampoco olvidaría el día que ella lo animó a presentar sus trabajos a diferentes concursos internacionales y ganó el Premio de Fotografía Internacional del *British Journal*. Su obra fue expuesta durante tres semanas en el TJ Boulting, una innovadora galería en el corazón de Londres, y a partir de aquel momento Álex se convirtió en un fotógrafo muy cotizado.

Ahora él vivía en Nueva York, trabajaba para el *New York Times* y algunas revistas como *Gear* o *Premier*, y había formado su propia familia.

Por un momento le pareció que lo estaba oyendo: «Márchate tú también, hermanita, vuela por ti misma, La Línea no tiene futuro».

Álex siempre la animaba a que cambiara de aires y ella nunca lo convencería de que adoraba la ciudad en la que había nacido. Como un acuerdo tácito, todo lo relacionado con La Línea había quedado excluido de sus conversaciones. Ella ya no le contaba que en esa ciudad convivían su pasado y su presente, que adoraba el aroma de las calles, las playas, las avenidas, los jardines y las plazoletas en las que había jugado, donde se quedaron sus risas de niña, los pasos dados. Los errores y los aciertos. Sus vínculos emocionales estaban allí y sentía un profundo apego por la ciudad que consideraba su hogar.

Dio un sorbo al té y dirigió la mirada hacia el ordenador de Celeste. Contenía una historia que esa mujer no había compartido con nadie, y ese tipo de información le había despertado un interés inmediato.

Tomó asiento frente al portátil y lo encendió. Carecía

de contraseña y en el escritorio había un par de archivos. El primero contenía fotocopias de recortes de periódicos bastante antiguos que hablaban de la muerte de Miguel Heredia.

Olivia frunció el entrecejo. Recordaba a aquel chico. Álex, Nicolás y Miguel fueron grandes amigos. También Celeste formaba parte de aquel grupo siempre que llegaba a La Línea.

Además de los recortes de periódicos había hojas con anotaciones, una especie de cronología sobre lo que sucedió en las horas previas y posteriores a la muerte de Miguel.

No entendía adónde quería ir a parar Celeste con esa información.

El otro archivo contenía el relato del que hablaba en el *mail*.

No sabía qué debía hacer. La opción más razonable era reunirse con ella y preguntarle qué quería exactamente o qué necesitaba.

Miró su reloj. Pensó que tal vez aún no se habría marchado de la ciudad.

Recordó la agenda de piel que su madre conservaba como una reliquia desde tiempos de Matusalén. «No me pierdas esa agenda, que yo soy de las antiguas, de las de anotar los números en papel», le decía siempre. Confiaba en que no se la hubiese llevado a Londres.

Fue a la sala de estar. La buscó en un armario repleto de carpetas y documentos que fueron cayendo al suelo uno tras otro como en una estampida. La encontró al fondo del todo. Empujó el resto de los papeles hacia el interior y cerró la puerta del armario. Pasó las páginas hasta la letra C. Allí estaba, anotado con la caligrafía de Álex.

Dudaba de que ese teléfono siguiera en funcionamiento. Poca gente utilizaba los teléfonos fijos. Decidió probar de todos modos. Tras marcar, inmediatamente oyó la voz gra-

bada de una operadora que la informaba de que el número marcado no existía.

Se colgó el bolso al hombro y salió de casa con el ordenador.